

El grito

Por: Héctor Ceballos Garibay

¿Mujer u hombre? No importa, se trata de un ser humano. ¿Acaso es hermafrodita? Más bien parece un individuo asexual. Lo realmente cierto, irrefragable, contundente, es que hoy se le considera como la imagen emblemática más prístina –y patética- del *homo sapiens* en estado de alucinación. De manera particular, representa el mejor portaestandarte del sujeto atribulado de esa época moderna y finisecular que prefigura el desasosiego prototípico del siglo XX. Sin duda estamos ante un epítome crudo –brutal, casi cruel- de esa “era de la angustia” generada por la sociedad tecnoburocrática, una atmósfera de vacío existencial y de consumismo voraz y absurdo que aún continúa determinando el acontecer de nuestro tiempo. El tipo –arquetipo- se encuentra ubicado en primer plano, al comenzar el largo y vetusto puente de madera. Está parado ahí, ausente, absorto en sí mismo, más solitario que nunca, a pesar de que atrás de él, no muy lejos, dos amigos suyos, con gabardina y rasgos físicos imprecisos, apenas insinuados, le siguen lentamente los pasos y sin proponérselo se vuelven testigos mudos de la escena inefable. El personaje de marras, ataviado de negro, de pronto comienza a contorsionar la espalda al vaivén del oleaje marítimo; su enorme cabeza calva, semejante a una calavera, no cesa de oscilar, tal como si colgara del péndulo de un reloj; con las manos levantadas se cubre los oídos para evitar que su propio y aterrador grito lo precipite hacia la locura; su boca, desdentada y sin lengua, permanece abierta y conforma un inmenso círculo alargado, un pozo inhóspito y blancuzco de donde emana la insatisfacción; los ojos son pequeños puntos negros que, cegados por la luz rojiza, parecen estallar de espanto y están a punto de salirse de sus cuencas. ¿Qué sucede? Un alarido estremecedor (¿quizá un bramido de frustración o tal vez un aullido de protesta?) expande su eco por doquier y se convierte en las sinuosidades azuladas y negras del antiquísimo fiordo; un gemido ensordecedor se transmuta en las serpenteantes líneas amarillas y grises de un mar envolvente y amenazador (a lo lejos, a manera de contrapunto, se divisan dos minúsculos veleros navegando sin que sus ocupantes repararen en el peligro); un clamor tremebundo se transforma en las ondulatorias ráfagas rojas-amarillas-azules que cubren el cielo, ese cielo incandescente, bravío, sanguinolento, que termina confundándose con el

averno. Todo lo que se aprecia en el cuadro adquiere un tortuoso movimiento y los espectadores también quedamos atrapados en su torbellino. Los colores y trazos de Munch no reproducen fiel y objetivamente la realidad, más bien proyectan los estados emocionales básicos (y negativos) de cada individuo: la soledad, la incomprensión, la hostilidad, el pavor, la enajenación. De la boca de ese sujeto alebrestado, de su mueca siniestra, no emerge sonido alguno, brota en cambio un dolor intenso y profundo del alma: un lamento inaudible que sin embargo puede verse, sentirse, comprenderse, compadecerse. Un quejido universal y perenne que nos atañe a cada uno en lo más hondo, a la humanidad entera.

En el turbulento siglo XX ocurrió el más oprobioso “eclipse de la razón” de la historia de nuestra especie. Baste citar el conjunto de cataclismos sociopolíticos sufridos en esta temporada infernal para testimoniar el predominio aplastante de la destrucción sobre la creación, de la antropofagia sobre el altruismo, de la locura sobre el buen juicio: las dos devastadoras guerras mundiales, el holocausto hitleriano, el totalitarismo nazifascista y estalinista, la hecatombe atómica en Hiroshima y Nagasaki, la caza de brujas macartista, el genocidio de Pol Pot en Camboya, la limpieza étnica en la ex Yugoslavia, las hambrunas y los crímenes masivos e interétnicos en África y Asia. Sucesos sanguinarios y devastadores a los cuales, para colmo de males, debe sumarse el creciente ecocidio del planeta, la acentuación de las desigualdades sociales y la proliferación del mercantilismo fetichista en todo el orbe. Es decir: la amarga corroboración de nuestra condición humana sadomasoquista. Un saldo por demás trágico y funesto que, gracias a la capacidad de trascendencia inherente al arte, se encuentra magistralmente prefigurado en *El grito*, sobre todo porque este cuadro nos ofrece una representación paradigmática y paroxística de la desazón intrínseca e insuperable que carcome al hombre moderno. Edvard Munch transmitió su espíritu hipercrítico al conjunto de su obra, una producción pictórica y gráfica que no sólo reveló el lado oscuro de los sacrosantos valores ideológicos del mundo contemporáneo (el autoritarismo de la moral represiva, la imposición dogmática de las convenciones sociales, la asfixiante rutina de las instituciones), sino que también fue capaz de reproducir la imagen de la alienación social reinante en ese macrocosmos autodestructivo que cada vez más se expande por todos los intersticios de la Tierra. Se trata, por un lado, de una protesta en contra de la sociedad de su tiempo, un mundo esencialmente hipócrita, colonialista, mojigato, depredador, racista e injusto; y, por el otro, de un repudio a las lacras civilizatorias que surgieron con el advenimiento del entorno tecnocrático y manipulador de las masas que se

implantó desde entonces en el conjunto de las relaciones humanas: la despersonalización del individuo, la disciplinarización de las conductas, la domesticación de las conciencias y la robotización del alma. Por fortuna, la mayoría de las creaciones estéticas del pintor nórdico, y muy en particular *El grito*, saturadas de sufrimiento y rebeldía, dejaron huella indeleble y benigna en toda la pintura expresionista y contestataria que se ha desarrollado durante los últimos cien años.

Además de pintar, a Munch le hacía mucho bien escribir, coger la pluma ocasionalmente y explayarse con ella para intentar aliviar sus obsesivos entuertos personales; también así, escribiendo sus apuntes biográficos y sus cartas, se enfrentó a su complejo “exilio interior”, esos fantasmas compulsivos que tanto lo atosigaron a lo largo de su vida. Apasionado lector de la filosofía y la literatura, supo cómo acrisolar la prosa que –al igual que la pintura- le sirvió a manera de salvavidas para soportar las inclemencias espirituales que le provocaba un entorno saturado de contradicciones y asechanzas. En su *Diario de Saint-Cloud*, Edvard relató una experiencia estremecedora que tuvo cierto día cuando paseaba por la playa en Nordstrand, una vivencia que se le quedó grabada y que con toda certeza constituyó la fuente nutricia de la más conocida de sus obras: “Una tarde caminaba yo con dos amigos por un puente; a un lado estaba la ciudad, por debajo de mí, el mar. Me sentí cansado y enfermo. Entonces advertí la puesta del sol y el cielo se volvió rojo como la sangre. Me detuve a observar el paisaje: lenguas de fuego y sangre se extendían sobre el fiordo negro azulado. Mis amigos siguieron caminando, mientras yo me quedaba atrás temblando de miedo. Y sentí el grito enorme, infinito, de la naturaleza”. A la vuelta de los años, lo aquí escrito se volvió formas y colores: una escalofriante remembranza transfigurada en obra de arte sin par. Y esta manera revulsiva y catártica de expresarse a través de los pinceles, estos pigmentos encendidos y desquiciantes, estos trazos curvilíneos acentuados y tortuosos, todo ello lo abrevó Munch tanto de su atormentada vida como de algunos de los genios que, amén de las enseñanzas derivadas de la estética modernista y simbolista, constituyeron sus mayores influencias pictóricas: Van Gogh, Gauguin, Seurat y Toulouse-Lautrec.

*

Domingo, 22 de agosto del 2004. La mañana transcurría apacible y soleada en Oslo. A las 11.15 horas, dos individuos entraron al Museo Munch: uno de ellos apuntó con su pistola en

la sien izquierda del guardia de seguridad, el otro, precipitadamente, arrancó de las paredes *El grito* (1893) y *Madonna* (1894). Los pocos turistas que en ese momento visitaban las salas de arte presenciaron el suceso: un robo expedito, sin sofisticación alguna, carente de violencia y ciertamente exitoso. Al principio, los turistas pensaron que se trataba de un acto terrorista, pero enseguida comprendieron que sólo era un robo, un funesto robo. ¡Una catástrofe para el pueblo noruego –y para el arte universal- que perdía así una de las cuatro versiones de su obra cumbre! Desafortunadamente, no sonaron las alarmas del Museo Munch cuando ocurrió el atraco. Los detectives se dilataron media hora en llegar al lugar. Más que sorprendidos, los empleados y directivos del recinto estaban compungidos, sumidos en una inmensa tristeza. Tan pronto se conoció la noticia alrededor del mundo, causó estupor la enorme facilidad con la cual fue robada esta obra inmortal, cuyo valor comercial asciende a los 70 millones de dólares, pero la que resulta absolutamente invendible dada su condición de pieza celeberrima. Los ladrones que asaltaron el Museo Munch tardaron escasos minutos en cometer su fechoría y huyeron sin problemas con rumbo al centro de la ciudad, donde abandonaron un automóvil negro de lujo; luego, simplemente desaparecieron a pie solapados entre la multitud de viandantes. Al revisar el coche, la policía sólo encontró los marcos rotos de las pinturas desaparecidas; no había rastro ni huellas digitales por ningún lado. Los expertos en robos de obras de arte estimaron altamente improbable que las pinturas de Munch pudieran algún día ser recuperadas. Las autoridades culturales de Noruega confiaban que los delincuentes pidieran algún rescate monetario a cambio de entregar las pinturas; estaban dispuestas a pagar cualquier precio por ellas. Como parte de las labores de investigación que suscitó el caso, un periódico de Oslo entrevistó en la cárcel a Paal Enger, el autor de los anteriores robos de cuadros de Munch, quien de manera rotunda negó estar implicado en el atraco de estos días: “Las armas –dijo- no son mi estilo. Siempre he utilizado los métodos de un caballero”. Para feliz sorpresa del mundo entero, dos años después del fatídico atraco, a fines de agosto del 2006, la policía noruega encontró por fin las dos obras que arduamente buscaba; increíblemente ambas estaban, salvo por unas cuantas raspaduras, en magníficas condiciones. Lo más extraño del caso no fue el hallazgo mismo, sino el sigilo absoluto que mantuvieron los detectives ante los medios de comunicación. Así las cosas, oficialmente no hubo detenidos, ni recompensa, ni pistas sobre los autores intelectuales y materiales. ¿Era este silencio informativo una estrategia deliberada para evitar futuros atracos? Probablemente. Lo importante del escandaloso

asunto residía en la propia recuperación de las obras. Meses atrás, el Museo Munch había reabierto sus instalaciones y lucía desde entonces como un bunker diseñado especialmente contra robos y atentados. Por fortuna hoy en día cualquier privilegiado turista que tenga el dinero suficiente como para viajar a la Europa nórdica, ya puede visitar el sagrado recinto y así toparse con *El grito*, una experiencia estética que jamás olvidará.